

e imponentes de la nación, no forman ninguna época; no han creado nada nuevo ni duradero para el conjunto. Son un episodio que cierra una época. La época de la disolución del Reich halló con ellas su broche.

La nación marchaba al encuentro de su porvenir con una grave pregunta en los labios: ¿llegaría ahora una nueva época de reconstitución unitaria?

CAPÍTULO DUODÉCIMO

La gran desilusión — Austria y Prusia — La necesidad de la unidad económica — La misión de Prusia en pro de la unidad alemana — Robustecimiento del particularismo — La unión aduanera prusiana — Modificaciones en la vida económica — La elaboración de los Estados alemanes — La nueva Prusia — El militarismo prusiano — Partidos y constituciones — El descuido de Prusia — El movimiento por la unidad — Federico Guillermo IV — La revolución de 1848 — La constitución del Reich de 1849 — Bismarck.

Lo resuelto en el año 1815 acerca de la constitución de Alemania, no podía considerarse en ningún aspecto como novedad; se trataba simplemente del reconocimiento consecuente y sin reservas de las condiciones que se abrieron paso desde muchas generaciones antes, lograron efectivamente afirmarse hacia fines del siglo anterior, y se ordenaron provisionalmente en 1806. El Reich quedó disuelto; en su lugar apareció una simple Confederación, una liga de estados soberanos. En el fondo, esto no era más que la expresión clara de lo que en la realidad de los hechos existía desde largo tiempo atrás. Lo que se había convertido en realidad, fué elevado a la categoría de ley.

La amarga desilusión que hizo presa de los mejores, se puede comprender perfectamente, pero habrá que juzgar que fué por su exclusiva culpa si se vieron desengañados: habían exigido más de lo que podían esperar, de acuerdo con la situación de las cosas.

El que reclama de la ciencia política el cumplimiento

de los últimos postulados en cualquier momento, desconoce su esencia. El estadista no es un mago; puede crear únicamente con el material disponible y según las leyes naturales de la sustancia política. Pero ¿qué otra cosa mejor se hubiera podido crear en 1815? Nadie pensaba ni podía pensar en la total e íntegra unidad estatal de toda Alemania. No solamente para más de un alemán del sur, no pasaba de ser una alucinación —el rey de Wütemberg hasta se indignaba por esa locura de querer constituir “una pretendida nación” con los distintos pueblos alemanes— sino que fué rechazada también, como antinatural y superflua, en el noroeste, hasta por un patriota tan distinguido como el presidente provincial de Koenigsberg, señor von Schön, uno de los jefes en la lucha por la liberación de Prusia y de Alemania.

En verdad, ¿cómo Alemania podía pensar unitariamente cuando —para no citar muchos otros ejemplos— al lado de Prusia y Austria tenía su lugar también la gran potencia Inglaterra, por ser dueña de Hannover? ¿Cómo, si también los engrandecidos estados medios del sur, Baviera, Wütemberg y Baden, defendían celosamente su flamante soberanía y se sentían orgullosas en su calidad de potencias europeas?

Si la unidad resultaba imposible, no menos imposible sería decir cómo tenía que ser “aquel mejor” que los patriotas hubieran deseado ver en lugar de la Confederación. En sus ambiciones dominaba un sentimiento elevado y un pensamiento confuso y poco práctico. En parte, ni ellos mismos sabían lo que querían, y respecto a lo que sabían, puede ponerse en duda, con mucha razón, si lo que querían era algo mejor. Cuando hasta un hombre como el barón de Stein, presionaba con tesón por la reconstitución del título imperial y de la Dieta de Ratisbona, lo que hu-

biera servido solamente para fortalecer la influencia austríaca, de cuyo escaso beneficio y grande daño atestiguan bien claramente tres siglos de historia, se debe perdonar a un Ernesto Mauricio Arndt, si en su canción conocida por todos, “La patria del alemán”, no alcanza a decir cabalmente dónde se halla esa patria. Si se tomaban literalmente sus palabras, “hasta donde suena la lengua alemana”, significaban que o bien la patria de los alemanes era todo el mundo y por consiguiente carecía de fronteras, o bien que por lo menos debían pertenecerle Transilvania, Livonia, las colonias agrícolas de la Rusia meridional y, sobre todo, la Suiza alemana. Y no era Arndt el único que en ese momento sostenía con toda seriedad la reincorporación de Suiza a Alemania.

Cabe considerar como una verdadera dicha, el hecho de que todos estos oscuros deseos de gente bien intencionada, no ejercieran influencia alguna, al final, en la resolución tomada por políticos prácticos, sin genialidad, es cierto, pero de clara inteligencia y sobrio criterio. En sus pormenores hubiera podido resultar mucho mejor. La negligencia de Hardenberg, la torpe incomprensión de Federico Guillermo III, han echado a perder seguramente muchos resultados. En resumen, la Confederación, como llegó finalmente a constituirse, fué sin embargo lo mejor en esas circunstancias, o, por lo menos —lo que en política generalmente equivale a lo mismo—, el mal menor.

Tenía por lo menos la gran ventaja de que ya no permitía despertar la menor ilusión acerca del verdadero porvenir de Alemania. Había caído el dignísimo bastidor del emperador y del Reich, detrás del cual la piadosa ausencia de ideas, pudo imaginar aún diversas magnificencias ocultas. Para todas las miradas era inexorablemente claro que allí no había nada, absolutamente nada que ver. No exis-

tía un estado alemán, tal cual había uno francés, inglés, ruso y español. Los alemanes eran una nación de segundo orden como los italianos. El curso posterior de los acontecimientos demostraba además con igual claridad, que de esa situación, aún con la mejor voluntad, no podían surgir nada útil ni evolución progresiva alguna hacia algo mejor. La nación alemana se hallaba frente a este dilema: soportar esa condición de pueblo sin estado o crearse el estado nacional que poseían otros pueblos.

La nación había admitido anteriormente la misma situación y se había consolado con las piezas de museo de una grandeza pasada, porque se sentía internamente pequeña. Correspondía a la insignificancia en que había caído el pueblo mismo desde la guerra de los treinta años. Solamente las memorias de una lejana época anterior, no querían concordar con este cuadro. Pero desde hacía dos generaciones se sabía que no existía causa alguna para encontrarse a la zaga de los demás pueblos, cuando casi se tenía derecho a pedir la preeminencia sobre ellos. La contradicción era violenta: en el campo espiritual, libres, iguales, superiores; en la lucha por la vida en la tierra, desestimados, puestos a un lado, postergados: allá todo y aquí nada...

Tampoco el consuelo que hacía de la necesidad una virtud servía ya. Se sabía por amarga experiencia que el "pueblo universal" sin patria, el mero "pueblo de la humanidad", podía ser esclavizado por el vecino inferior a cada instante, y hasta eliminado de la existencia, sólo porque ese vecino era más fuerte. Lo acontecido entre los años 1792 y 1813 podía repetirse todos los días, si se quedaba en la situación creada en 1815. Se sentía la condición de inermes que quita derechos.

La Confederación Alemana se dió por fin y ya en el

sexto año de su existencia (1821), una especie de constitución militar. Diez cuerpos de ejército, con un total de 300.000 hombres, debían constituir el ejército federal. Pero le faltó unidad real, tanto en la instrucción como en el espíritu y sobre todo en la dirección. ¡Qué suerte que la Confederación jamás se halló en situación de hacer una guerra! Con semejante ejército, tan abigarrado como el mapa alemán, no se podían conquistar victorias.

De todo esto resultaba —ya que, en realidad, el poder militar determina el grado de valor en las relaciones de los estados entre sí— que la nación alemana como conjunto no podía tener voz alguna en Europa. Era verdad lo que una vez hubo de decir con brutal sinceridad un estadista inglés en la cara de un embajador prusiano: "Sois una nación castrada".

Se pudo creer que la carencia de poder de la Confederación encontraría compensación en las dos grandes potencias que pertenecían a ella: Austria y Prusia. Pero también esto era una ilusión.

La enfermedad mortal del antiguo Reich, desde la aparición de Federico el Grande, era el antagonismo de sus dos grandes potencias. La Confederación había heredado del Reich este dualismo fatal. Durante una generación, sin embargo, no se exhibió en ninguna oposición hostil. Prusia mantuvo, aún con mayor rigor y lógica después de 1815, la política instaurada por primera vez un cuarto de siglo antes en la Convención de Reichenbach. Su programa era el entendimiento y la colaboración con Austria. Todos los recuerdos de Federico el Grande parecían olvidados. Era como si se quisiera volver a la tradición de tiempos muy antiguos, cuando la fidelidad a la casa imperial constituyó uno de los fundamentos directivos de la polílica brandeburgo-prusiana. En Federico Guillermo III

la necesidad de concordia llegó a tanto, que una vez él mismo, en la extraña dicción elíptica que él llamaba alemán, pudo encargar a uno de sus embajadores: "decir al príncipe de Metternich yo considerar a él también ministro mío". Dada la superioridad intelectual de este político, era natural que de tanto marchar de consuno las dos potencias, surgiría cada vez más una jefatura austríaca a la que Prusia se sometería, con leve resistencia acá y allá, pero en resumen con buena voluntad.

En Viena se encontró esto muy natural. Francisco I, había renunciado a la corona imperial seguramente también con el fin de que la oposición a Prusia perdiera su acritud. Solía decir, que no quería reinar sobre los demás como emperador. Pero al agregar que tampoco quería que otro reinara sobre él, esto, traducido a la práctica, significaba que Austria debía estar a la cabeza de la Confederación de hecho y de derecho. En Viena no se olvidaba en modo alguno, que se había llevado la corona imperial romana, e íntimamente se pensaba, que ésta le seguía perteneciendo por derecho propio. Si se renunciaba a ostentarla de nuevo, se esperaba, como compensación, una subordinación voluntaria de todos los estados alemanes, hasta de los mayores.

Quedaba la incógnita de si eso sería posible a la larga para Prusia, aún con la mejor buena voluntad y la más sincera intención de sus gobernantes. Por cuanto, al final, en la vida de los estados, las necesidades naturales, los intereses políticos, son siempre más fuertes que la inclinación y la disposición de los hombres. Pero los intereses de Austria y Prusia, con respecto a Alemania y a la Confederación Alemana, no eran iguales. Se contradecían unos a otros.

El emperador Francisco y Metternich habían sabido

dar a la Confederación la forma que concordaba con los intereses austríacos. Ofrecía la necesaria protección contra un ataque francés, como un paraguas que, por lo menos, podía contener el primer choque. Si se llegaba a una guerra con Francia —en la que Viena seguía viendo siempre el enemigo hereditario—, demoraría un tiempo, antes de que Austria misma fuera tocada, aún si la Confederación fracasaba militarmente. Además se podía confiar en que Prusia, ya atenta a sí misma, se colocaría en las avanzadas contra Francia y llevaría la lucha con toda seriedad. No se necesitaba más. Austria no precisaba una cohesión más firme ni mayor fuerza ofensiva por parte de la Confederación; ni la deseaba, por cuanto era difícil crearla sin que renaciera la antigua rivalidad con Prusia. Aun débil e insignificante tal cual existía, la Confederación era exactamente lo más cómodo para la política austríaca. Ésta debía resistir, por lo tanto, cualquier intento de fortalecerla y afirmarla, y así lo hizo en todas las oportunidades.

Sin embargo, si algún día Francia intentara otra vez seriamente realizar sus antiguas aspiraciones en el Rin, el interés de Austria no se hallaría implicado de inmediato tampoco en eso. No tenía gran interés en el Rin y podía, en determinadas circunstancias, hacer allí algunas concesiones a los franceses.

Asimismo, cuando Rusia creyera alguna vez llegada la hora de hacer suyas las reivindicaciones de Polonia, anexada por ella, y aspirar a la reunión de todos los territorios polacos y buscar el camino hacia la costa del Báltico y las desembocaduras del Vístula y del Niemen, cursos de agua que ya le pertenecían, a Austria no afectaba esto. Podía tolerar una invasión a tierra alemana por su vecino oriental, siempre que se le ofreciera un resarcimiento en

otra parte. Los intereses de Austria se encontraban fuera de Alemania, en Italia, en Galitzia, en los Balcanes y en el Adriático. Si hubiera querido considerar como propios los problemas vitales alemanes, hubiera debido descuidar los suyos.

Completamente distinto era el caso de Prusia. No tenía intereses fuera de Alemania y todos los grandes intereses alemanes eran al mismo tiempo los suyos.

A lo nuevo que el Congreso de Viena había traído pertenecía la configuración territorial impresa al estado prusiano. De las regiones polacas perdidas, fué devuelta a Prusia sólo una parte, la provincia de Posnania, lo bastante siempre para que la custodia de la frontera en el este, de la que había surgido el estado de los Hohenzollern, apareciera en forma más seria que nunca como su tarea vital. La indemnización por lo cedido la obtuvo allende el Rin. Con eso se convertía en vecino inmediato de Francia, y, por lo mismo en guardián de límites en el oeste. El viejo problema del doble frente, que se arrastra a través de los siglos de la historia alemana, llegó a ser así un problema de existencia para la política prusiana. Mientras Austria se había apartado cautelosamente de los problemas fatales de Alemania, toda la vida de Prusia en el porvenir se entrelazaba lo más íntimamente con ellos. Debía defender al mismo tiempo en el este y en el oeste, junto con su propia existencia, el patrimonio de la nación alemana; allí y aquí estaba de centinela en los lugares más amenazados, campeón de la nación alemana por su propia necesidad vital.

Para tal papel, sin embargo, sus fuerzas no alcanzan en cualquier caso, y ya por esta razón no podía bastarle la Confederación Alemana, tal cual estaba constituída. Si estallaba la guerra con uno de los vecinos o con los

dos, Prusia, siempre en la incertidumbre de si Austria estaría a su lado, debería llevar por Alemania todo el peso de la lucha; de la Confederación no había nada que esperar. Prusia debía desear por eso, desde el primer día una transformación de la Confederación, que la habilitara o la obligara a asumir su parte en la defensa de Alemania. Sólo por una reforma militar de la Confederación, se hallaría eficazmente protegida Alemania y simultáneamente Prusia.

Idéntica se presentaba la situación en el terreno del comercio y del tráfico.

Alemania, por su propia naturaleza, tiene que aspirar a tener unidad económica. El tráfico no encuentra en parte alguna obstáculos insalvables, como lo son los Alpes y los Pirineos, mientras que grandes cursos de agua y muchos ríos menores constituyen la comunicación natural en todas direcciones. Si se quisiera proceder a una división entre norte y sur, habría que cerrar el Rin en su curso medio. Se incurriría en el mismo error con respecto al Meno y al Danubio, trazando una línea de separación entre este y oeste. Solamente el territorio colonial al este del Elba, el "hinterland" del Báltico y la región costera del Oder y del Vístula, podrían separarse sin destruir su unidad natural. Pero precisamente aquí falta todo motivo geográfico para una separación del resto de Alemania. La vasta y chata llanura que comienza a extenderse al este del Weser, induce a reconocer la unión de oriente y occidente como justa y natural.

A pesar de ello, esta tierra creada por la naturaleza como una unidad, ha debido carecer, durante siglos, de la unidad de tráfico. Este defecto ya se sintió hondamente desde los primeros tiempos. Entre las exigencias de la reforma del Reich en el siglo XV, figuró en primer lugar